

CULTURA



Celebración ciudadana de la proclamación de la Segunda República en Madrid el 14 de abril de 1931. / ARCHIVO EFE

La II República, vista sin grandes pasiones

Cuatro historiadores diseccionan en un extenso ensayo los claroscuros del régimen que intentó reformar las costuras políticas y sociales de España

TEREIXA CONSTENLA, Madrid. Sobre la Guerra Civil se ha escrito infinito, pero escasean los estudios que aborden la Segunda República con independencia de su final. Cuatro historiadores han aunado ahora esfuerzos para tratar de ofrecer una visión sobre el primer régimen democrático instaurado en España en el siglo XX, cuyo afán reformista fue guillotinado por el más dramático de los finales. *La Segunda República (Pasado y Presente)*, un volumen de casi 1.400 páginas, acaso sea el intento más ambicioso de la historiografía española para explicar aquellos años de luces y sombras, abiertos entre dos periodos sinistros de dictaduras y guerra. "Durante años hemos vivido del libro de Gabriel Jackson, publicado en 1965. Luego ha habido otros, pero se trató de obras de síntesis y fragmentarias", expone Josep Fontana, catedrático emérito de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad Pompeu Fabra.

Tanto Fontana como los cuatro autores de la obra (Eduardo González Calleja, Francisco Cobo Romero, Ana Martínez Rus y Francisco Sánchez Pérez), destacan el hecho de que por vez primera se aborde en sí misma, emancipada de su dramático desenlace (sin que esto quiera decir que se omita). "Muchos autores

explican la República traumatizados por la experiencia de la guerra", subraya González Calleja, profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad Carlos III, que explica que han huido tanto de la visión "propagandística" como de la "fatalista". "A estas alturas, la República no debe ser denigrada ni reivindicada, sino analizada", añade.

En opinión de Fontana, los me-

Parlamentarios más libres

Nada tiene que ver el actual sistema con el que rigió los procesos electorales en la Segunda República, más pluralista y más inestable. Francisco Sánchez cree, de hecho, que "la República se usó como contramodelo". De entrada, "no se votaba a partidos, sino a personas". Ello propiciaba que los diputados tuviesen más autonomía a la hora de defender sus propuestas.

No había Senado, lo que agilizaba la aprobación de leyes, y las listas eran abiertas en cada circunscripción, con un sistema establecido para elegir

ses que van de abril de 1931 a julio de 1936 son uno de esos raros periodos de progreso en la historia española. A este catedrático le gusta recordar una anécdota del historiador Ramón Carande, que respondió así a la petición de un periodista para definir en dos palabras la historia de España: "Demasiados retrocesos".

Con un final que no estuvo a la altura de su civilizado principio



Cartel de la II República. / BNE

mayorías y minorías. Había dos vueltas. "Intentaba fomentar el pluralismo. Se le ha criticado porque permite que partidos muy pequeños lleven sus representantes al Parlamento", apostilla.

—el rey Alfonso XIII salió hacia el exilio sin corona pero con cabeza—, la República estuvo marcada por un espíritu reformista que, en algunos mundos rígidos como el campo, pareció revolucionario. Se podría decir también que fue el primer régimen amigo de las mujeres: se aprobó el sufragio femenino en igualdad de condiciones que el masculino (a los 23 años), se les concedió igualdad jurídica y desapareció el delito de adulterio, que las penalizaba.

En materia de derechos civiles, se regularon con leyes el divorcio, el matrimonio civil y los derechos de los hijos ilegítimos. La escuela pública dejó de segregarse a los alumnos por sexos y se implantó la coeducación. "Se aprueban una serie de cambios legales fundamentales, aunque no dio tiempo a que se convirtieran en cambios sociales", apunta Ana Martínez Rus, profesora titular de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense. La cultura se transformó de arriba abajo. Invitar a leer fue una herramienta revolucionaria no muy apreciada en ámbitos conservadores y eclesiásticos, reacios a la instrucción de campesinos o mujeres.

Los libros como símbolo

En el Congreso, Pedro Sainz Rodríguez, diputado de Renovación Española y futuro ministro de Educación con Franco, interrogaba: "¿Para qué quieren leer a Oscar Wilde?". Interesante cuestión en boca de un catedrático de Bibliología. "El concepto de biblioteca pública y el fomento de la lectura son de la República, que gastó mucho dinero en fondos, aunque no en personal, lo que hacía que la atención fuese voluntarista y que en algunas poblaciones se entorpeciese. Las bibliotecas se convirtieron en un símbolo político", señala Martínez Rus. Eso explica el castigo que los libros

Tres miradas a la Guerra Civil

Voces de la trinchera. James Matthews ha recogido en este volumen que edita Alianza una serie de cartas escritas entre 1938 y 1939 por combatientes del Ejército de Andalucía, que rebelan su hastío, su sufrimiento —"nos están saliendo telarañas en el cielo de la boca porque no tenemos ni agua para beber"— y su desapego de las consignas políticas.

El final de la Guerra Civil.

Fernando Rodríguez Miaja, un joven de 22 años, fue un testigo privilegiado de los últimos días de la Guerra Civil como secretario particular de su tío, el general del Ejército republicano José Miaja. Los coletazos del régimen legítimo, ante su previsible derrota en el campo de batalla, siguen rodeados de ciertos claroscuros por la implicación de algunas autoridades en el golpe de estado del coronel Casado en marzo de 1939 y su colaboración con el quintacolumbismo. El libro ha sido editado por Marcial Pons.

Cuba y la Guerra Civil española. La voz de los intelectuales.

El nuevo volumen del grupo de investigación que integran Niall Binns, Jesús Cano Reyes y Ana Casado Fernández, editado por Calambur, indaga en el impacto de la guerra entre los intelectuales de América Latina. La obra se centra en Cuba, el país latinoamericano del que partió el mayor número de voluntarios que lucharon en el conflicto y que también aportó la mayor cifra de correspondientes, algunos tan conocidos como el escritor Alejo Carpentier.

sufrirían durante la guerra y la dictadura, inmolados en hogueras y expurgados de bibliotecas como portadores del mal.

En el mundo laboral también se impulsaron novedosas normas, aunque Francisco Sánchez, profesor titular de Historia Contemporánea en la Carlos III, puntualiza su impacto en el sector industrial: "No son tan rupturistas como se las ha presentado. Beben de un debate que se venía dando desde la I Guerra Mundial. Donde se produce la gran novedad es en el campo, donde no existían los contratos por escrito y los patronos eran amos y señores del trabajo".

Un impacto notable teniendo en cuenta que casi el 50% de la población activa española en los treinta trabajaba en el sector primario. "La cuestión agraria ha sido injustamente olvidada al estudiar la República y, sin embargo, no se entiende la Guerra Civil sin las cuestiones agrarias", advierte Francisco Cobo, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada. Asegura que ni la reforma agraria fue revolucionaria ("era una ley comedia para modernizar las estructuras agrarias, pero beneficiaba a los jornaleros") ni la conflictividad excepcional ("las huelgas no fueron mayores que en otros países europeos").